

Uptc

Universidad Pedagógica y
Tecnológica de Colombia



Septiembre 2005
Año 1

UPTC
Sede Duitama

ISBN 1900-2297

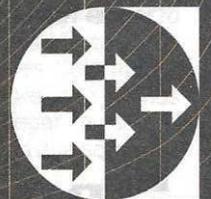
3

RED @ctor

Un horizonte en construcción



DOSSIER WILLIAM OSPINA



CIFAD

RED@ctor

RED@ctor

ARGEMIRO GÓMEZ GÓMEZ
Director del CIFD

RAUL A. ARIAS ORTEGA
Asesor del CIFAD
Director Grupo de Investigación KALLAWAYA

CLAUDIA I. ROJASRODRÍGUEZ
Profesora Escuela de Diseño Industrial. Directora
Grupo de Investigación de TALLER 11

NORMAN ESTUPIÑÁN QUIÑÓNEZ
Profesor Escuela de Educación Industrial.
Director del Grupo de Investigación URDIMBRE CULTURAL

GUSTAVO CORTEZ SUAZA
Profesor Escuela de Educación Industrial

CLAUDIA LILIANA LUENGAS CAMELO
Semillero de Investigación

JULIAN G. GÓMEZ CEPEDA
Joven Investigador

NOHORA MOGOLLON
Transcripción Literar
Grupo Kallawaya

LUIS ENRIQUE CLAVIJO MORALES
Corrección de Texto

FREDDY MAURICIO ESTUPIÑÁN G.
Diseñador Industrial
Diseño, Diagramación y Fotografía

SEPTIEMBRE 2005
Año 1
UPTC
Sede Duitama **3**
cifad@duitama.uptc.edu.co
Telefax: 7600076



EDITORIAL

Uptc
Universidad Pedagógica y
Tecnológica de Colombia



ENCUENTRO VIVENCIAL CON LA PALABRA

Norman Estupiñán Quiñones

Algo tiene de encantador y de sublime el sentido de los encuentros que desencadenan en mí un torbellino palpitante y que me empujan hacia realidades diversas.

Es que los encuentros, como las fiestas, exprimen el sentimiento y hacen brotar visiones resonantes, éxtasis creativos, recuerdos impredecibles y huellas que se prolongan en líneas sin contornos y sin destinos hacia el abismo insondable de la vida.

Los encuentros enhebran las expresiones psíquicas y espirituales y le dan forma a la multiplicidad de vivencias y se instalan en el sutil aroma del significado y del sentido.

En los encuentros el lenguaje teje un abanico de esperanza y remienda con hilachas el paisaje del silencio febril de lo sublime.

Pero ellos también redimen de las quimeras, encienden el ámbar de los fuegos y empujan las urgencias abultadas de raíces que se envuelven en los fuegos de los vientos.

Los humanos reclamamos con urgencia el regocijo, el testimonio de estar aquí y ahora, empapados de otredad y hundidos hasta los confines de los sueños.

Somos peregrinos anhelantes de las expresiones, soñamos con las cosas abiertas y con las rendijas por donde se escapan las vivencias efímeras del tiempo.

Y como somos náufragos de ambigüedades, de dimensiones y de evidencias, queremos cada vez afirmarnos en la obriedad de ser humanos, por eso levantamos en vilo al mundo de la experiencia inmediata y construimos con ella la hospitalidad del goce.

No digamos más, dejemos que el ambiente azul de este momento nos embriague con sus espumas de vivencias, donde podamos sentir las quemaduras que nos produce el abrazo fraternal de este encuentro.

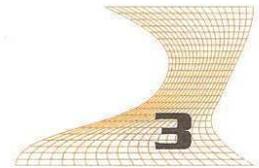
Bienvenidos a la fiesta de la palabra .

Gracias.

Rector: CARLOS AUGUSTO SALAMANCA ROA
Vicerrector Académico: ESAÚ PAEZ
Director Administrativo: ALFONSO LÓPEZ DÍAZ
Director DIN: ENRIQUE VERA LÓPEZ
Decano: FABIO E. LOZANO SUÁREZ

Equipo Directivo





DOSSIER

WILLIAM OSPINA

Jorge Armando Fonseca profesor de la Escuela de Administración de Empresas Agropecuarias: Quisiera saber quién es William Ospina y, en lo posible, su relación con el mundo literario, sus sueños e ilusiones, anécdotas y vivencias con otras culturas, y muy especialmente el porqué de tanta influencia en las juventudes de la UPTC sede de Duitama.

William Ospina: Bueno, muchas gracias por esta invitación, gracias a todos ustedes por su presencia.

Es difícil hablar de uno mismo y yo no soy muy propenso a hablar de mí, ni a la abstinencia, pero podría decirse que al tener que abandonar la carrera de derecho en Estados Unidos me dediqué a la escritura, a la lectura, a todos estos placeres un poco ociosos que se llaman literatura, a la conversación, al cultivo de la amistad y a una reflexión sobre lo que es el hombre, sobre lo que es América Latina. Creo que me siento más colombiano, más latinoamericano, hoy que hace 20 ó 30 años, cuando comenzaba mi vida como escritor. Como todos los colombianos, crecí bajo la influencia de una cultura colonial que siempre pensaba que lo importante está en otra parte, que la belleza está en otra parte, que la cultura está en otra parte, que la historia está en otra parte. Este es el destino melancólico de los pueblos colonizados, que no saben que el centro del mundo tiene que estar conquistado, no donde está su vida, sino ¡donde están sus sueños!

Una leyenda decía que si desde el cielo alguien dejaba caer una rosa, esa rosa caería en el centro del templo de Jerusalén, con ello querían expresar que ellos se sienten en el centro del mundo, como los franceses se han sentido siempre en el centro del mundo, como los españoles se han sentido en el centro del mundo, como Roma se sintió siempre en el centro del mundo y como los chinos se sienten en el centro del mundo, porque al fin y al cabo es una esfera y no todos estamos en el centro o ninguno lo está. En la superficie de una esfera no todos ocupamos un lugar central o ninguno puede ocuparlo, sin embargo, los pueblos colonizados siempre crecimos con el sentimiento de que el centro está en otra parte.

Y Colombia es un país que creció, como una extraña figura de la geometría, con el centro afuera; Colombia tenía el centro en la corona española, en el Vaticano, en la Revolución Francesa, en el mercantilismo inglés. Ahora, a veces yo tengo la sospecha de que Colombia tiene su centro en los Homs de Miami, pero no acabamos de sentirnos de un mundo y eso no significa ser más o menos que otros, si no está uno arraigado en su propio mundo, conociendo, identificando y sabiendo desde dónde se dialoga con el resto del mundo.

Así que a pesar de haber crecido en una cultura que por todos lados me predicaba que Colombia era un país subalterno, un país marginado, y que si queríamos saber lo que es la cultura teníamos que mirar en otra dirección, he sentido cada vez, de la manera más intensa, que si no llegamos a descubrir lo que somos nosotros, que si no llegamos a tomar verdaderamente posición de este territorio, que si no llegamos a arraigar en nuestra memoria y a reconocernos en nuestra complejidad, difícilmente llegaremos a respetarnos unos a otros, difícilmente llegaremos a querernos y difícilmente llegaremos a ser respetados por el mundo. Así que mi labor en los últimos tiempos ha sido, sobre todo, un esfuerzo desde la literatura, que es el campo de mis afectos y de mi vocación, a reflexionar sobre qué es Colombia y sobre qué es América Latina, sobre qué somos nosotros y qué podríamos llegar a ser si sintiéramos más orgullo de lo que somos.

Juan Manuel Cuervo, estudiante de la Escuela de Ingeniería Electromecánica: Con su libro *Dónde está la franja amarilla* usted nos refleja la realidad de nuestro país; cómo Colombia, a través de generaciones, ha pasado de mano en mano y el gobierno siempre ha sido el mismo. ¿Hay alguna posibilidad para que cese esta cruda realidad que vivimos, para terminar por recuperar nuestra autonomía como colombianos y no como el pensamiento de algunas personas egoístas que solo piensan en su propio beneficio?

W. O.: Creo que muchos pueblos han pasado por situaciones similares a las que Colombia vive hoy, y esos pueblos han conquistado también gradualmente una mayor presencia en las decisiones. Todos en Colombia sabemos que aquí las decisiones las toman muy pocos y en representación de unos intereses muy estrechos. Colombia es un país en donde una reforma agraria tan necesaria, que se ha hecho en tantos países del mundo, ha naufragado sucesivamente durante 80 años en un Congreso de terratenientes que, por supuesto, no están interesados en que la propiedad de la tierra cambie.

Colombia ha crecido en un modelo en el cual la economía no tiene como prioridad la gente. Cuando uno piensa en Francia, por ejemplo, uno sabe que cuando se pregunta cuáles son las prioridades de su economía, lo primero que considera es qué necesitan los franceses, qué van a consumir este año, es decir, cuántos cereales, cuántas verduras, cuánta carne, cuántos granos, cuánto vino, cuánto aceite de oliva requiere la sociedad francesa para este año, y a partir de allí planifica su producción y define qué van a producir ellos y qué van a intercambiar con los otros países del margen, que en este caso es la Unión Europea; pero la primera prioridad es qué necesita el ciudadano francés, el mercado interno es importantísimo

. Todos aquí sabemos que la economía colombiana no se planifica y maneja con esos criterios; si la mitad de la población se acuesta sin comer es algo que no tiene mayor importancia para quienes planifican la economía, y más bien nuestra economía siempre estuvo ordenada con base en unos criterios muy extraños: ¿qué nos van a comprar en tal parte?, por ejemplo, cuando Europa necesitó oro, producimos oro; cuando necesitó perlas, producimos perlas; cuando necesitó quina, producimos quina; cuando necesitó café, producimos café; pero aquí ni siquiera sabíamos tomar el café; uno llega a Italia o a Francia y ve cuánto refinamiento y cuánta exquisitez tienen en la utilización del café; aquí éramos solamente los productores y nos quedábamos con lo peor de lo que producíamos, porque lo importante era qué se le daba a los demás y de qué manera se satisfacía ese mercado mundial, que era para beneficio de unos cuantos productores.

Pero uno no puede acusar a esos productores, uno no puede acusar a los cafeteros de haber querido vender café, ni a los mineros de haber querido vender oro o traficar con oro, uno lo que tiene que preguntarse es por qué el interés del común de la sociedad no pesaba allí, sino solo el interés de unos cuantos comerciantes o de unos cuantos especuladores, y entonces la sociedad no comprende que este poder y la capacidad de influencia sobre el Estado está en muy pocas manos, y el resto de la sociedad asume con una gran pasividad su condición, como convidado de piedra en esos procesos.

América Latina, infortunadamente, organizó su economía y su historia gravitando alrededor de las grandes potencias planetarias; vimos cómo en América Latina se formaron las repúblicas cafeteras, las repúblicas ganaderas, las repúblicas petroleras, las repúblicas bananeras, las repúblicas azucareras, cada una dedicada a producir algo que necesitaban las grandes metrópolis, sin preguntarse mucho cómo iba a ser satisfecho el mercado interno. Creo que en casi todos los campos de la realidad hemos permitido que sean otras prioridades y no las prioridades de la comunidad las que se abran camino y las que definan el orden económico y el orden político.

Es muy difícil pensar que son las élites, los dueños del poder, los dueños de las decisiones quienes puedan cambiar esto; en los propios EE.UU. existe la expresión "Los gobiernos no dan sino cuando la gente les reclama", es muy difícil que el Estado empiece a dar donde no le están reclamando, el Estado siempre tiene muchos deberes, muchas tareas y solo cuando la gente le dice "aquí estamos nosotros y esto es lo que necesitamos" logra moverse en esas direcciones; yo creo que para eso lo que se necesita fundamentalmente es una ciudadanía, una ciudadanía con criterio, con carácter, con información.

Criterio significa que usted sepa cuándo le están diciendo una verdad y cuando le están diciendo una mentira, y entre nosotros, infortunadamente, no existe ese criterio, basta que encendamos un televisor y todo lo que nos dicen es verdad, basta que leamos un periódico y todo lo que nos dicen es verdad. Cuando una ciudadanía es tan dócil y no tiene ese principio de crítica, esa capacidad crítica de descubrir qué de lo que se está diciendo es válido y qué no, cuando no tiene eso que un gran escritor inglés llamaba "la capacidad de leer con incredulidad los periódicos", difícilmente se tiene criterio también.

Se requiere información, pero la información no se puede limitar a lo que le den a uno los noticieros o lo que le den a uno los programas de televisión; la verdadera información viene en los libros, en el diálogo, en los debates, en la concertación, en el equilibrio de puntos de vista distintos, en la confrontación de puntos de vista distintos; solo una sociedad que dialoga, que debate, que se interesa por los temas del mundo, que no consume pasivamente información, sino que la procesa, la decanta, es verdaderamente una sociedad informada.

Yo diría que para tener una ciudadanía también se requiere tener principios, una escala de valores; porque cuando no se tiene una escala de valores, cuando no se tiene un orden de prioridades, todo da lo mismo. Y yo diría que solo cuando se tienen propósitos se tienen criterios; el que no tiene unos propósitos no puede saber si algo sirve o no en esos propósitos, porque no puede tener criterio; para alguien que no tiene propósitos todo da lo mismo, pero el que tiene propósitos, por ejemplo, que la gente viva bien, que viva con dignidad, que viva en condiciones en las que pueda engrandecer su espíritu y aportar a su comunidad, tiene esos criterios básicos, sabe qué cosas le sirven a ese proceso y qué cosas no le sirven, entonces empieza a tener una capacidad de ponderar, de valorar lo que ocurre y de juzgar si se está gobernando bien o se está gobernando mal, si lo que se hace sirve o no sirve para los intereses de la comunidad; mientras ello no sea así, cualquier gobierno da lo mismo, porque nadie tiene un patrón para medir si lo que se está haciendo es lo justo y es lo necesario.

Ahora bien, ¿cómo se construye una comunidad de ese género? Yo diría que muchas veces la historia ayuda a que esas comunidades con criterio, con formación y con carácter se formen, y hay momentos en que es necesario dar un esfuerzo adicional. Colombia es en eso un país singular, porque aquí tenemos individuos, pero casi no tenemos ciudadanos; aquí tenemos regiones, pero casi no tenemos un país; aquí tenemos gran diversidad individual y gran capacidad de iniciativa individual, pero no un sentido de solidaridad ni un sentido de pertenencia a una comunidad.

En dos siglos de existencia independiente no hemos llegado a construir una sociedad solidaria, una sociedad que se reconozca, que valore y se respete a sí misma, si no que hemos construido una sociedad extrañamente egoísta, donde cada uno quiere sentirse mejor que el vecino, donde es difícil desatar procesos de colaboración, de cooperación, donde cada cual crece en medio de grandes obstáculos y de muy pocos estímulos, donde el Estado no le brinda a la gente las garantías mínimas para sentirse protegida. Entonces, cada cual quiere abrirse camino a como dé lugar, casi siempre enfrentando a los otros y no en alianza con los otros. Hemos llegado a tener, pues, una sociedad donde todo el que se siente insatisfecho, antes que aliarse con los otros para producirles algo en grandes transformaciones históricas, se enfrenta a los otros casi siempre por el camino del delito. Toda rebelión solitaria es delincuencia, toda rebelión colectiva es historia.



Jonathan Erasmo Reyes Sánchez, estudiante de la Escuela de Ingeniería Electromecánica: Tuve la oportunidad de leer su ensayo La poesía en Cien años de soledad, en él usted destaca la calidad del escrito, la majestuosidad del orden y la perfecta utilización del tiempo por el escritor Gabriel García Márquez. Aplicando la obra al contexto social actual y en términos de una diversidad cultural como la nuestra ¿qué vivencia debe tener Cien años de soledad en nuestra sociedad?

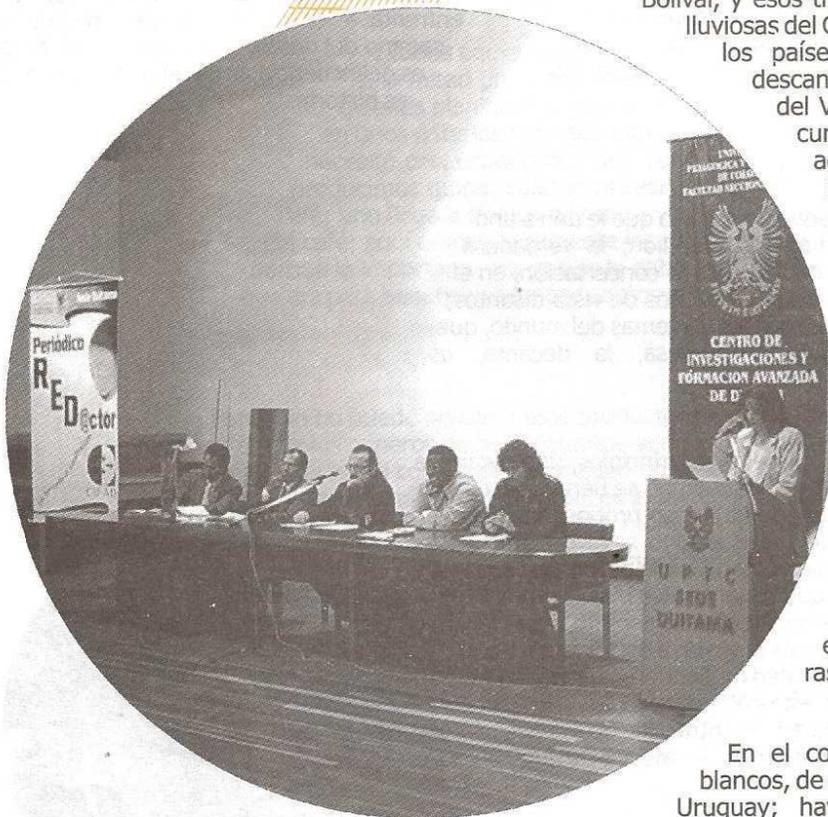
W. O.: Bueno, Cien años de soledad es un libro verdaderamente extraordinario; cuando apareció, en 1967, yo diría que por primera vez tuvimos la certeza de que alguien había leído la complejidad del país en que vivimos.

Colombia es un país de España, es un país que nosotros tendemos a pensar que es idéntico a los países vecinos, y a veces preguntamos por qué tenemos tantos problemas que no tienen los vecinos, si hemos tenido el mismo pasado, la misma historia, la misma geografía, los mismos procesos a lo largo del tiempo. Pero cuando uno se detiene, hay ciertas particularidades que tiene Colombia que vale la pena observar y reconocer.

Para empezar, a diferencia, por ejemplo, de México o del Perú, Colombia no era una sociedad, no había formado una nación antes de la llegada de los europeos. Cuando aquí llegaron los españoles no había una nación, Colombia no existía; Colombia, si se quiere decir, es un invento europeo; aquí había 120 naciones indígenas distintas y dispersas por un territorio de una extraordinaria diversidad, no existía la vocación de formar una sociedad unitaria centralizada, eso fue algo que los europeos hicieron; aquí había muchos países, cada uno era muy homogéneo: el país de los wayuu, del desierto de la Guajira, no se parece en nada al país de montañas y ciudades de piedra de los pueblos de la sierra nevada de Santa Marta, que queda al lado, y esos dos países, a su vez, no se parecen en nada al país de llanuras, de ceibales y de hobos de los zenúes, de la región de lo que es hoy Córdoba y Bolívar, y esos tres países no se parecen en nada al país de selvas lluviosas del Choco, o al país de laderas frías de los guambianos o a los países del Cauca, o al país de bosques tropicales descansados de los ingas del Putumayo, o al país de selvas del Vaupés o al país de montañas con bosques y ríos y cumbres nevadas de los u'wa en la Sierra del Cocuy; aquí cerca, es decir, cada una de esas naciones indígenas ocupaba un territorio homogéneo al que habían leído por siglos, al que habían registrado e interpretado por siglos.

Y cuando llegaron los europeos, llegaron con la decisión de que todo eso se tenía que volver rápidamente un solo país, y no un país en el que se dialogara con los saberes de cada región, con las tradiciones, con las memorias de cada región, sino un país en el que se impusiera simplemente la verdad europea, la lógica europea, la lengua europea, y hubo un modo que lo llamaron "descubrimiento de América", lo que llamaba muy sabiamente German Arciniegas "Un cubrimiento de América", no vinieron a descubrir América sino a cubrir América, con el ropaje de Europa, y entorpecieron toda posibilidad de que Colombia rastreara en su memoria y en su pasado.

En el continente americano hay países mayoritariamente blancos, de origen europeo, como EE.UU., Canadá, Argentina, Uruguay; hay países



mayoritariamente indígenas, como México, Guatemala, Ecuador, Perú, Bolivia, y hay países mayoritariamente mulatos o de origen africano, como Cuba, Jamaica, Haití, República Dominicana y Brasil; pero Colombia no es un país mayoritariamente blanco, ni mayoritariamente indígena, ni mayoritariamente negro. Colombia es el país más mestizo del continente, y en esa medida nunca supo muy bien en qué tradición reconocerse.

Los mexicanos se reconocieron muy temprano en su tradición indígena, en México es imposible encontrar una estatua a un conquistador español, en cambio es fácil encontrar estatuas de Moctezuma y de Cuautemo, y cuando Diego Rivera, el gran pintor mexicano, decidió a comienzos del siglo XX pintar la belleza, no se le ocurrió pintar a Apolos griegos, sino a un indio mexicano; era la belleza de su pueblo lo que él quería pintar, no quería posar de venerador de culturas antiguas e ilustres. Así que los mexicanos siempre tuvieron claro, o un poquito más claro que nosotros, a qué tradición pertenecían, y se afirmaron en ella y a partir de esa tradición dialogaron con el mundo. Los mexicanos tuvieron un presidente indígena a mediados del siglo XIX, y ese presidente indígena, Benito Juárez, hizo las grandes reformas liberales, las grandes reformas modernizadoras de México: separó la iglesia y el Estado, instauró la educación laica e hizo las grandes transformaciones que hicieron de México un país moderno; fue símbolo de orgullo de un pueblo y, entonces, México no sufrió la convulsión de haber crecido en un desconocimiento y odiarse a sí mismo y desconocerse a sí mismo, que a veces vive Colombia por no saber a qué tradición pertenece.

Y si miramos el otro extremo del continente, Argentina siempre se sintió un país europeo; es también un país mestizo, por supuesto, pero tenía un componente europeo muy importante. Ustedes recuerdan un chiste que había por ahí que decía "que los mexicanos descienden de los aztecas, los peruanos descienden de los incas y los argentinos descienden de los barcos"; la verdad es que eso era así porque Argentina se formó por sucesivas migraciones europeas y entonces se sentía un país europeo y hubo una época que no solo era el único país europeo, sino el único país rico de Europa, por ejemplo, después de la primera guerra mundial el único país rico de Europa era Argentina, eso hizo que ellos también tuvieran una conciencia de a qué tradición pertenecían y formaran su memoria y su cultura, sus instituciones, a partir de esa conciencia.

Y ustedes saben muy bien que Brasil es un país que ha sido siempre orgulloso de su tradición africana, de su ritmo, de su alegría, de su vigor, de su colorido y ha incorporado esa conciencia a todos sus esfuerzos culturales, a todos sus esfuerzos literarios, a todos sus esfuerzos estéticos; entonces es un país que se reconoce mucho en una tradición.

Colombia ha tenido la tragedia, llamémosla así, de no saber muy bien a qué tradición pertenece; pero esa no es la mayor de sus tragedias, la mayor de sus tragedias es haber sido gobernada por una élite que fingió ser siempre blanca, católica, liberal, de origen europeo, y que nos hizo creer a todos que si no éramos blancos, católicos, liberales, de origen europeo, éramos un error. Entonces esa élite colombiana, que gobernó al país durante mucho tiempo, y creo sigue gobernándolo, no pensaba ni que aquí hubiera pueblos de origen africano, ni que hubiera indígenas, ni que hubiera selvas, ni que hubiera anacondas y caimanes, ni ríos de barro, aquí lo único que debía haber era como humor británico, muebles vinieses y ser la Atenas suramericana.

Con esa lógica el país ha tardado mucho tiempo en reconocerse, en descubrir su riqueza, en descubrir su riqueza geográfica, étnica, cultural, en descubrir que es mucho mejor ser participante en muchas tradiciones que participar de una sola, en descubrir que el mundo no tiende hacia ninguna clase de pureza cultural y humana, sino hacia todas las mezclas posibles. Y es que ser un país tan mezclado es una virtud que nos permite reclamarnos herederos de Europa, herederos de América, herederos de África, y eso es un tesoro, y como no lo queremos vivir como un tesoro, lo vivimos como un drama; como no hemos aprendido a valorarlo como una riqueza, lo vivimos como una limitación.

Cuando surgió Cien años de soledad yo diría que por primera vez todos tuvimos una conciencia clara de que por fin se estaba haciendo la lectura del país, más compleja que la que nos había hecho la tradición. En la obra de García Márquez ya no estamos en un país blanco, católico, liberal, de origen europeo, estamos en un país que tiene toda la elocuencia de la lengua castellana, pero la gente tiene toda la magia del pensamiento indígena, y donde la sensualidad del mundo africano y la alegría y la vivacidad y el ritmo de ese otro mundo están presentes.

Entonces, García Márquez por fin direcciona la fusión de los mestizajes colombianos en la literatura, y apareció con tanta fuerza y de una manera tan desconcertante que él nos demostró que todo lo que habíamos vivido como una limitación y como una vergüenza era nuestro orgullo y era el gran potencial de nuestro país hacia el futuro. Estamos viviendo ese asombro y creo que solo en la medida que lleguemos a reconocer la belleza de nuestros componentes étnicos, la riqueza de nuestras culturas y la enorme riqueza de nuestra naturaleza, podremos verdaderamente construir un país digno de lo que somos y capaz de dialogar con el mundo.



María Zenaida Cucunubé: Tuve la oportunidad de confrontar el texto *La Nueva cara del planeta latino*; mi pregunta es: si la diversidad de culturas latinoamericanas nos permite ser reconocidos a escala mundial, ¿por qué es tan difícil posesionarnos económica y políticamente en un mejor nivel?

W. O.: Es una pregunta muy importante y muy urgente de responder para nosotros. Yo diría que América Latina, lo que a mí me gusta llamar "la América mestiza", ha sido tradicionalmente separada y fragmentada por la política y por la economía; por la política, porque desde la llegada de los españoles se dividió este continente en regiones, para mejor negociar con ellos. No sé si ustedes saben que los españoles le prohibieron a cada uno de estos países comerciar con el otro; durante la Colonia, cada uno de los países debía comerciar con la metrópoli; México sólo podía comerciar con España, el Virreinato de la Nueva Granada sólo podía comerciar con España, El Virreinato del Río de la Plata sólo podía comerciar con España, el virreinato del Perú sólo podía comerciar con España, y no podía haber comercio entre los distintos países, porque era la manera de evitar que los países se unieran y llegaran a satisfacer unos a otros sus necesidades, y llegaran a pensar que pudieran prescindir de España.



Así que esa fragmentación en países se dio como una maniobra colonial y después se perpetuó con las repúblicas, porque las repúblicas no lograron un fenómeno, una integración, por el contrario, estaban cada una tratando de negociar con las metrópolis, prescindiendo de los otros, y nos obligaron a ser países tan rivales que aquí nos teníamos que alegrar cada vez que había heladas en el Brasil, porque entonces se mejoraba el precio del café colombiano, y si se les dañaba el banano a los panameños o a los costarricenses, pues qué alegría, porque como teníamos no negocios de intercambio y de complemento entre nuestros países sino solo negocios para satisfacer las necesidades de la metrópoli éramos competidores unos de otros y no podía haber solidaridad entre nosotros, y es así como se entorpeció políticamente a lo largo del tiempo la posibilidad de una integración continental. En términos económicos y en términos políticos eso fue así, la política nos separó, la economía nos separó. Para un colombiano, si es difícil pensar en viajar desde el centro del país hasta la Costa Atlántica o hasta el Amazonas, es casi imposible soñar con visitar otro país, por vecino que esté. Mientras en Europa es tan fácil ir el fin de semana de España a Francia y de Italia a Dinamarca y de Polonia a Rusia, aquí vivimos como si cruzar la frontera y llegar a otro país fuera la hazaña.

Todos los colombianos deberían haber ido a Machupichu y deberían conocer el Perú, y todo estudiante colombiano debería tener amigos en Caracas, en Buenos Aires, en Lima, pero la política y la economía se han esforzado por aislarnos en paisitos que solo se miran a sí mismos y que no tienen conciencia de la grandeza del continente al que pertenecen y que no se sienten mucho menos parte del mundo; eso es algo, por supuesto, que solo las nuevas generaciones podrán cambiar, pero creo que están en condiciones de cambiar.

Sin embargo, a pesar de esa fragmentación económica y a pesar de esa fragmentación política, yo creo que culturalmente América Latina siempre ha sido nación cada vez que ha habido grandes fenómenos culturales en nuestro continente, por ejemplo, la generación ilustrada que precedió la independencia floreció simultáneamente en todos los países de América Latina; cuando Humboldt pasó visitando Panamá, Venezuela, Cuba, la Nueva Granada, Ecuador, Perú, México, descubrió una generación de sabios, de investigadores, de biólogos, de botánicos, de científicos, de artistas que estaban empeñados en seguir los pasos, digamos, de ese gran fenómeno que era la Ilustración, el racionalismo, el romanticismo de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, una generación que había surgido casi espontáneamente en todo el continente. También cuando se dio la generación de los modernistas de fines del siglo XIX, a los que hago alusión en ese texto que usted ha mencionado: *La nueva cara del planeta latino*.

Como ustedes saben, durante por lo menos dos siglos la lengua española fue una lengua prácticamente muerta para los fines culturales en el mundo, en tiempos en que el francés, el alemán, el inglés y el italiano vivían sus grandes aventuras intelectuales, el racionalismo, el romanticismo. La lengua castellana era una lengua, tanto en la metrópoli como en América, prácticamente muerta, la lengua castellana solo renació en América Latina y fueron los modernistas de fines del siglo XIX y de comienzos del siglo XX los que hicieron nacer nuevamente la lengua española, la lengua castellana, y la convirtieron otra vez en un instrumento de las grandes aventuras del espíritu.

Y esa generación de modernistas surgió simultáneamente en todo el continente, apareció Manuel Gutiérrez Nájera, en México; José Martí, en Cuba; José Asunción Silva, en Colombia; Pérez Bonalde, en Venezuela; José María Eguren, en el Perú; Leopoldo Lugones, en Argentina, y por todo el continente surgieron unas voces que tenían unos mismos sueños, un mismo espíritu, que leían los mismos autores franceses, ingleses, que habían leído a Poe a Whitman a Baudelaire y que querían un nuevo orden mental y sensorial, y eso surgió simultáneamente en todo el continente, y cuando se dio la gran generación del boom latinoamericano, de los años 60, también surgió una generación de escritores en todo el continente: Vargas Llosa, en Perú; Jorge Luis Borges, en Argentina; Manuel Mojica, Rómulo Gallegos, Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Julio Cortazar; por todo el continente surgían y tenían un mismo espíritu.

Creo que esas, entre tantas otras cosas, podrían demostrarnos que América Latina tiene un sustrato cultural único y secretamente dialoga entre sí, y no es de extrañar, porque al fin y al cabo tenemos la misma lengua, es el único otro caso en el mundo de 18 naciones que hablan la misma lengua, y prácticamente sin dialecto, lo que permite que cualquiera se puede sentar a conversar en el café con personas de cualquier otra parte del continente y las diferencias apenas serán para sonrisas.

Así que tener esa lengua común nos hace tener una cultura común, y de esa cultura común he citado ejemplos de la literatura, pero podría citar ejemplos del arte y, por supuesto, de la música; hay que ver las grandes orquestas de boleros de los años cuarenta y cincuenta, que eran esfuerzos continentales, con músicos cubanos, con compositores mexicanos, con cantantes argentinos o colombianos, eran ejemplo de esa cultura continental; también, la manera como circuló la música andina, la manera como los tangos circularon por el continente, la manera como la música ranchera mexicana circuló por el continente, son una buena prueba de cuán abiertos son nuestros pueblos al dialogo con los pueblos vecinos y de cuánto nos sentimos todos parte de una cultura común, con sus especificidades, con sus matices, con sus diferencias, pero esas diferencias apenas dan para que sintamos amor y admiración por esas cosas y no para que las sintamos extrañas.

Así que yo creo que la cultura no solo ha sido el factor que nos une continentalmente, sino que tendrá que ser hacia futuro el instrumento para que llegue a tener una unión también política y económica; ya el hecho de que la cultura sea ese lenguaje común es un paso importantísimo en el proceso de integración de nuestras naciones.



Sofía Montañés Chaparro, estudiante de Administración de Empresas Agropecuarias: En apartes de su obra *La decadencia de los dragones*, usted menciona que por mucho tiempo hemos vivido de sobras de un mundo y afirma que es urgente encontrar nuestra verdad e inventar un tiempo nuevo para nosotros, ¿cómo considera que esto se pueda lograr en nuestro país, por ejemplo, teniendo en cuenta la cruel realidad en la que vivimos, donde priman los intereses individuales y se resta importancia a la identidad sociocultural?

W. O.: Colombia, como decía, creció sintiéndose un país marginal, bajo esa típica característica de las sociedades coloniales, que siempre se subvaloran a sí mismas y piensan que solo la metrópoli tiene importancia. Nosotros tenemos una geografía extraordinaria y una naturaleza de una exuberancia difícil de comparar en el mundo; sin embargo, entre nosotros existió de tal manera el prejuicio frente a la naturaleza que era fácil oírnos decir "qué paisaje tan lindo, parece Suiza".

Nosotros tenemos la mayor variedad de aves del mundo, pero el único pájaro que aparecía en nuestras canciones era el ruiseñor, que no existe aquí; todo eran ruiseñores, porque los ruiseñores eran célebres e ilustres y los había cantado Keats en Inglaterra y Teócrito en Grecia, y eran los pájaros más mitológicos de la tradición europea, entonces empezamos a cantarles a los ruiseñores, pero no hay ruiseñores aquí, nadie ha visto uno jamás, ni nadie lo ha oído cantar tampoco; así que la leyenda de que cantan muy lindo era apenas algo que nos trajo la Colonia. Eso no sería grave si no fuera porque tenemos la variedad de aves más grande del mundo, y sabemos muy poco de esas aves, o porque tenemos una variedad extraordinaria de árboles y casi no sabemos los nombres de ellos; nos resulta más fácil saber los nombres de esos árboles ya sacralizados por la tradición literaria europea, así hablamos de cipreses, de abedules, de pinares, entonces esos árboles, que ya vienen sacralizados por la tradición cultural europea, sí son para nosotros dignos de mención y de poesía.

Europa vivió durante mucho tiempo una superstición: la simétrica división del mundo entre lo poético y lo prosaico; había cosas que eran poéticas y cosas que no eran poéticas, que no valía la pena mencionar en un poema o llevar al arte en ninguna forma, por ejemplo, los zafiros eran poéticos y los ajos eran prosaicos, nadie hacía un poema a un ajo, en cambio a un zafiro se le podía hacer un poema, la realidad estaba simétricamente dividida entre lo poético y lo prosaico.

Todo el arte moderno en Europa ha sido un esfuerzo muy combativo por romper con esa superstición; el arte moderno se empeñó en demostrar que toda la realidad es digna de la poesía; el gran esfuerzo de Baudelaire, el gran esfuerzo de Renard, hasta nuestros días, por mostrar que las cosas que no parecían poéticas son dignas del arte, y Helver en algún momento dijo que la verdadera labor de un poeta consistía en volver poético lo no poético, por eso Baudelaire, quien dicen que es el fundador de la modernidad, escribió una vez, para desafiar a sus lectores, un poema a una carroña; no se imaginaba un poema a una carroña y le duró el éxito, porque es fácil intentarlo, pero no es fácil triunfar en el intento, porque como el es tan exquisito y tan refinado, como escribe también, como maneja también los metros franceses y como maneja también las rimas, el lector se ve atrapado frente a esa obra en un doble movimiento del espíritu, es que el tema es tan repulsivo, tan repugnante, lo que está contando es tan asqueroso y la manera como lo está diciendo es tan refinada, tan exquisita, tan elegante, que uno no sabe si arrojar el libro con asco o besarlo con veneración; provoca tensión, y en esa tensión entre lo que nos provoca rechazo y lo que nos atrae, está el triunfo del arte moderno, la conquista de un espacio nuevo para la sensibilidad.

Esa contradicción que vivió el arte clásico europeo entre lo poético y lo prosaico aquí asumí, infortunadamente, un matiz colonial; era poético todo lo que llegaba de Europa y prosaico todo lo que era de aquí. Una manzana era poética porque venía de Europa, una guanábana era prosaica porque era de América; uno podía decir Viena o París en un poema, pero no podía decir Bucaramanga, porque eso no era poético. Así que nosotros vivimos en esta superstición estética bajo la forma de un prejuicio colonial, de manera que el esfuerzo por recuperar nuestra conciencia y por construir una estética adecuada de nuestra realidad es un esfuerzo muy reciente y la verdad es que solo cuando lleguemos a sentir el valor de lo propio, así como hemos sabido valorar la belleza del arte Europeo, tenemos que ser capaces de reconocer la belleza de nuestra propia realidad e incorporarla al mito, a la leyenda, a la tradición y a la estética.

Pero la verdad es que hay dificultades para un país como el nuestro de encontrarse con el mundo, porque de todas maneras vivimos bajo la tiranía de unos medios de comunicación extraordinariamente desdeñosos de lo propio y extraordinariamente veneradores de lo ajeno, y así es muy difícil llegar a construir con orgullo, llegar a construir una tradición, pero por supuesto esos medios no son lo único.

En Colombia se han vivido procesos extraordinarios de conquista y de toma de conciencia de su riqueza y de su diversidad, desde los tiempos en que la Expedición Botánica hizo un esfuerzo por reconocer la flora tropical, por hacer no solamente un reconocimiento científico. Creo que el gran valor que tuvo la Expedición Botánica de José Celestino Mutis y sus investigadores y científicos está en que no solamente fue un esfuerzo científico, sino un esfuerzo estético. Fue tan importante el reconocimiento biológico, botánico, de las especies nativas de estas regiones equinociales del mundo, como la pintura que de esas plantas hicieron Martiz y Rosso y todos esos mestizos y esos mulatos que Humboldt llamó pintores de plantas más grandes del mundo, porque lo que querían mostrar es que había belleza allí, y en ese esfuerzo estético, que no es solo conocimiento, hay que persistir.

No se trata solo de reconocer lo que somos, sino de reconocer la belleza de lo que somos, y eso es fundamental en el orden de construir un aprecio de nosotros mismos. Tal vez la más grande crisis de Colombia no es la crisis de pobreza o de miseria, sino una crisis de dignidad, de no sentirnos dignos de la vida, de no sentirnos dignos del mundo, de no sentirnos dignos de la belleza y de no sentirnos en el centro del mundo. De todas maneras, algunas cosas conspiran para que nosotros lleguemos a ese momento, una es habernos sentido marginales, atrasados, subdesarrollados, porque aquí asumíamos cuanto calificativo inventaran las metrópolis para descalificarnos, lo asumíamos inmediatamente como nuestro nombre propio; si se inventaban el subdesarrollo, éramos subdesarrollados al otro día; si se inventaban el tercer mundo, nos volvíamos inmediatamente tercermundistas; todo lo que significara asumirnos como seres marginales y rezagados ante la historia lo aceptábamos con un extraño beneplácito y un extraño entusiasmo y lo acogíamos como nuestro calificativo.

Creo que esto es algo urgente de superar y la verdad es que en las últimas décadas, por las convulsiones de la historia, hemos empezado a descubrir que los grandes problemas y los grandes fenómenos del mundo contemporáneo son los grandes fenómenos de la sociedad colombiana, que ya no estamos tan lejos de la historia universal. Los grandes temas de la sociedad contemporánea hoy son las drogas, la guerra, el tráfico de armas, la pregunta por el desarrollo, la pregunta por la pobreza, la pregunta por la emigración, por la naturaleza, por el agua, y todas esas grandes preguntas de la historia contemporánea mundial son preguntas que atraviesan centralmente la sociedad colombiana, es decir, Colombia está en el centro de las grandes preocupaciones de la época y como está en el centro de todos los problemas tendrá que estar forzosamente en el centro de todas las soluciones, así como decía hermosamente Helbert en uno de sus poemas: "allí donde crece el peligro crece la salvación".

Ya no podemos escudarnos en la idea de que estamos en el margen, en la orilla, de que las respuestas tienen que encontrarlas otros y de que las soluciones para el mundo tienen que encontrarlas otros, porque para nosotros estas preguntas no son como podrían ser para los franceses o para los suecos: inquietudes intelectuales; para nosotros esas preguntas no son inquietudes intelectuales, son problemas vitales de nuestra vida cotidiana, son dramas que nos atraviesan y nos amenazan por todas partes y exigen de nosotros una presencia, una respuesta, una reflexión. Yo diría que Colombia es uno de los países que más está pensando hoy, porque aquí es donde están los problemas y están, por supuesto, las respuestas.

Claudia Luengas, estudiante de la Escuela de Administración de Empresas Agropecuarias: Tengo dos preguntas. La primera: como sabemos, todos nosotros somos embajadores de Colombia, entonces, ¿cómo se debe apreciar, valorar y dar a conocer las riquezas, en todo el sentido de la palabra, de nuestro país, sin caer en el chovinismo? La segunda pregunta, extraída del escrito América mestiza, el país del futuro, es: ¿cómo entender la libertad y la democracia que promueve o propaga EE.UU. si mantiene oprimido o influenciado a nuestro país y a otros países en muchas cosas y pregona libertad y democracia?

W.O.: Yo creo que hay dos tipos de nacionalismo; hay un nacionalismo que consiste en amar lo propio, y hay un nacionalismo que consiste en despreciar lo ajeno. Por supuesto que el nacionalismo que consiste en despreciar lo ajeno termina siendo también desprecio por lo propio.

Cuando los nazis emprenden una campaña de exterminio contra los judíos, contra los gitanos, contra los pueblos periféricos, pareciera que están persiguiendo solamente gentes de otras culturas, gentes de otras lenguas o gentes de otras razas, pero lo que ellos no perciben es que están despreciando la condición humana y en esa medida se están despreciando a sí mismos, están llevando para el extremo su afecto por unos símbolos que terminan despreciando la raíz de todos los símbolos, que es el ser humano. Entonces, en ese desprecio por lo ajeno también hay un desprecio muy grande por lo propio. Como decía el griego: "Humano soy y nada que sea humano me es extraño", entonces todo aquel que sea capaz de degradar la condición humana se está degradando a sí mismo, se está aniquilando a sí mismo y está buscando solamente su propia destrucción. Así que ese tipo de nacionalismo es un nacionalismo aparente, parece amar unas cosas contra los demás, pero en el fondo es un odio indiferenciado por lo humano.

Un nacionalismo verdadero, diría yo, es aquel que es capaz de amar lo propio, no para oponerlo a lo ajeno, sino para reconocerlo y para arraigar en él. Los romanos tenían un ideal, que era el ideal del cosmopolitismo; ser cosmopolita era ser habitante del universo y aún a uno le gusta jugar con la idea de que no soy de un país y que soy habitante del cosmos, pero la verdad es que es muy difícil ser un habitante del universo, porque todo ser humano nace en una cultura, en un orden de símbolos, en unos paisajes, en una música, en unas palabras, en unas leyendas, en una gastronomía, en unas costumbres y es difícil renunciar a todo eso, para simplemente ser uno más de no se sabe qué. Así que yo creo en el diálogo con el mundo y en el esfuerzo por ser universales; va a ser muy difícil que los seres humanos renuncien a su sabor particular, a su espíritu específico, al orden mental en que han nacido, y de lo que se trata más bien es de ser capaces de amar lo propio, sin desdeñar lo ajeno.



A veces nos hablan de la globalización como si consistiera en borrar las diferencias entre los seres humanos y ponerlos a vivir una misma realidad. Yo recuerdo, por ejemplo, una celebre campaña publicitaria que hizo una marca italiana (Benetton), en la cual se predicaba la unión de todas las razas del mundo y el respeto por todas las tradiciones, por los colores de piel, por todas las culturas; parecía una campaña muy generosa, sin embargo, a mí siempre me llamó la atención que esa campaña estaba orientada a que toda la gente vistiera ropa Italiana, en sí no había mayor respeto por las túnicas de las mujeres iranesas, ni por la manera como se viste la gente en el Nepal o como se visten los guambianos o tantos pueblos del mundo.

a mí me encanta la diversidad de trajes del mundo, no me parece que sea deseable que toda la humanidad esté vestida con el mismo everfit, ni que la humanidad esté toda vestida con el mismo traje; me parece que es una riqueza de colorido y es una riqueza de tradiciones y es una riqueza de memorias; me parece maravilloso que los mauries se tatúen la piel, si eso forma parte de la manera como escriben la memoria en su cuerpo, y me parece bien que cada pueblo conserve esas tradiciones, y eso no significa que no se pueda dialogar con lo demás. Ahora, más bien, a lo que estamos asistiendo es a que jóvenes ingleses quieren tatuarse como mauries y, bueno, eso ya forma parte de ciertas fascinaciones estéticas particulares. La idea de que haya una sola de tantas verdades para imponerla a todo el planeta es uno de los mayores errores de la globalización.

Estuve hace como año y medio en la India y tuve la ocasión de ver cómo muchas de las costumbres de ese pueblo maravilloso, admirable, de un gran carácter y una gran memoria y uno de los pocos pueblos, diría yo, que conservan en estos tiempos monoteístas el politeísmo, un pueblo que cree en muchos dioses y vive cotidianamente su relación con muchos dioses. Allí, grandes caravanas de jóvenes hacen expediciones por las carreteras para ir a adorar un río, o sucede que las personas miren un bosque o una llanura donde hay árboles y de pronto todos los que estén de acuerdo en que ese árbol que está ahí es santo entonces van a anclar unas banderas, porque a partir de ese momento ese árbol se vuelve lugar de peregrinación, cosas muy extrañas para nuestra mentalidad tan profanadora de la naturaleza.

Y en la india, entre las tantas cosas que hice, cometí una un poco pecadora: entré a un Mac Donals y me sorprendió que ni siquiera Mac Donals puede entrar a la India sin romperse y mancharse, como dirían, porque las hamburguesas en la India, si no tienen sabor indio, nadie las come, entonces están llenas de especias, y en realidad forman parte de la tradición gastronómica india, antes que ser un producto típico de la sociedad norteamericana. Es falso que la globalización signifique tener que poner a comer lo mismo, producir lo mismo y a consumir lo mismo, lo que ha producido es un gran movimiento de resistencia, de dignidad, cada lugar quiere existir por sí mismo y cada lugar es distinto de otros.



Yo recuerdo el comienzo de un poema de Borges donde le daba gracias a la naturaleza o al destino por las cosas que le parecieran maravillosas del mundo. Se llama El otro poema de los dones, es un poema extraordinario y su primer terceto es muy significativo, dice:

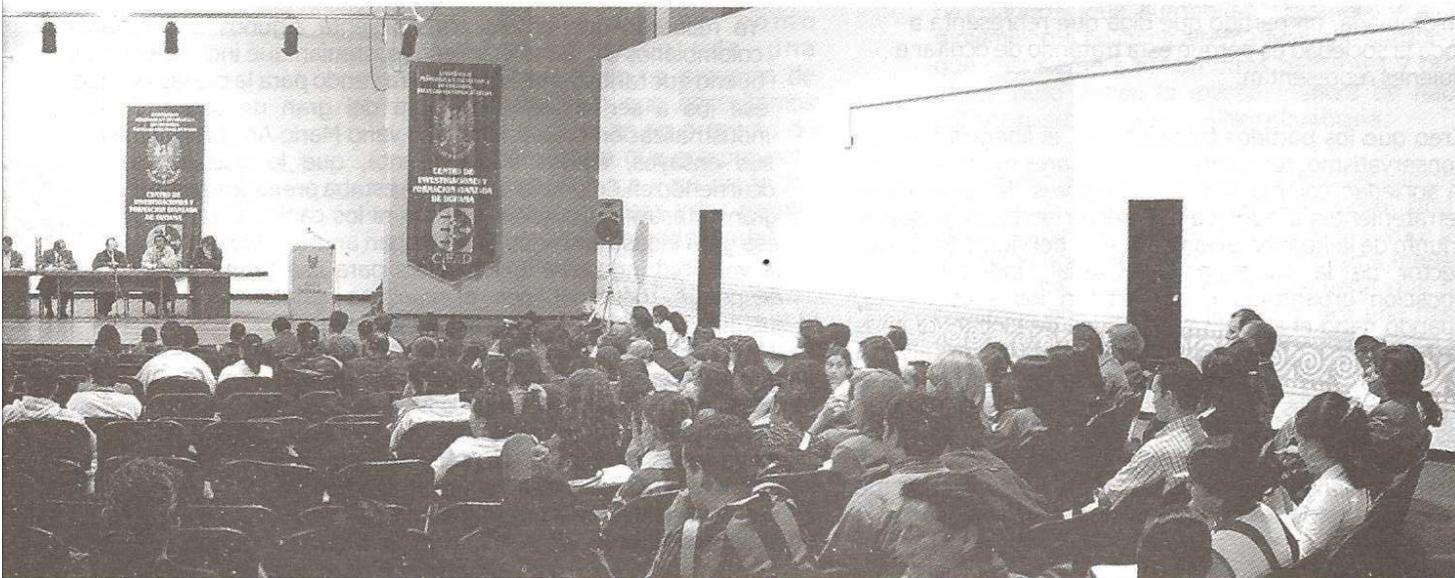
Gracias quiero dar al divino laberinto de los efectos y de las causas por la diversidad de las criaturas que forman este singular universo.

La primera cosa por la que el poeta quiso agradecer es la diversidad de las criaturas que hay en este mundo; no hay mejor prueba de que había en él un gran ser, de una gran hospitalidad mental y de una gran generosidad, el que supiera que si algo tenemos que agradecer aquí es que haya esquimales, que haya maoríes, que haya mestizajes y que haya mulatajes y que haya tantas mezclas y que las mezclas sean cada vez más y que también haya pureza, si se quiere, razas puras, costumbres puras, tradiciones puras, religiones puras, que el mundo es rico en la medida en que haya muchas cosas y que tal vez nada nos empobrece tanto como la vocación de hacer una sola religión, una sola estética, una sola lengua dominando el planeta entero.

Entonces, una globalización que no sea un arrasamiento de las memorias y de las tradiciones, que no sea un acallamiento de las voces singulares y los colores singulares del mundo, sino que sea un diálogo múltiple, respetuoso y rico entre tantas lenguas, entre tantas gastronomías, entre tantas indumentarias, entre tantas tradiciones, es a lo que podríamos llamar globalización en un sentido generoso y positivo, y es allí donde podríamos encontrar la respuesta a cómo ser nosotros lo que somos sin oponernos al mundo, y preguntarnos por qué tenemos que seguir haciendo lo que es Colombia, y dentro de Colombia tenemos que seguir preguntándonos qué es Boyacá y qué son los pueblos indígenas y qué es esta región. Porque además Colombia es un país de países, diría yo; en Colombia basta viajar tres horas en cualquier dirección y ya está uno en otra parte; basta bajar de Bogotá tres horas hacia Melgar para estar en otro país, o dos horas a Villavicencio para estar en otro país, aquí basta viajar un poco hacia el norte o hacia el occidente para cambiar radicalmente de atmósfera.

A mí me ha gustado mucho siempre un vallenato que se llama El cantor de Fonseca, porque encuentro en él una clave de lo que es Colombia: en él hay un señor cantando y otro señor le dice: "Me gusta mucho lo que está cantando, pero no logro descubrir de dónde es usted, usted es de una tierra desconocida", y resulta que el que le está preguntando es de Valledupar y el que está contestando es de la Guajira, que queda ahí al lado, sin embargo, el señor que hace la pregunta debe pensar que este es del Amazonas o debe venir por allá del Pacífico, pero la verdad es que es de una región inmediata y ya el otro siente que es una tierra desconocida, y eso es hermoso, Colombia es así.

Es hermoso que a tres horas de Cali esté Buenaventura, es muy hermoso que una ciudad que uno identifica como tan andina, Popayán, sea la capital de un departamento del litoral del Pacífico. Y lo mismo se puede decir de Pasto, uno no tiende a aproximar a Pasto con el océano, sin embargo, Pasto es la capital de un departamento oceánico, así que Colombia tiene una riqueza tal que hay que seguir interrogando sus regiones, sus lugares, y permitir que en este florecer del globo florezca también el lugar y que el futuro sea un diálogo entre el lugar y el universo.



PREGUNTA: ¿En qué se debe basar nuestra revolución, por llamarla de alguna manera, para sentir que nuestro país vire, para hacer que nuestro país cambie de sentido, cuando vemos que se ha dado en el país durante mucho tiempo el bipartidismo, y en donde, como dice Dónde está la franja amarilla, nos hemos dividido entre el azul y el rojo y el amarillo no aparece por ningún lado, qué pasa cuando en este momento, aparte de estos dos partidos, vemos surgir otro que es el “uribismo”, que no lo quiero criticar, pero que básicamente nos tiende al mismo círculo vicioso de manipulación del poder y de centralización de todo con los mismos personajes?

W. O.: Yo diría que los partidos políticos solo pueden ser vistos como la encarnación de unos intereses, de los intereses casi siempre de un sector de la sociedad. Es muy difícil encontrar partidos políticos que representen a toda una sociedad, porque cuando una sociedad es tan diversa y está tan fraccionada, como la colombiana, un partido que diga que representa a toda la sociedad es porque está tratando de ocultar a quienes representan.

Creo que los partidos tradicionales, el liberalismo y el conservatismo, representaron a sectores muy nítidos de la sociedad colombiana, a los sectores de los grandes terratenientes aliados con un sector textilero, desde el triunfo de la Regeneración de finales del siglo XIX, o a un sector de la sociedad empresarial, industrial, con vocación urbanizadora, por allá en los años treinta, cuando ganó el liberalismo después de cincuenta años de hegemonía conservadora. Después se dio una alianza de estos dos sectores; los dueños de la tierra tradicionales, los empresarios industriales tradicionales, las grandes familias señoriales de la sociedad colombiana, los sectores de las clases medias, se integraron en lo que se llamó Frente Nacional, que fue ya aliando estos dos partidos en una misma ideología.



Después de eso, digamos a partir de 1968, en el último cuarto de siglo, Colombia ha tratado de vivir la inducción de otras fuerzas políticas que, evidentemente, tienen que representar otros sectores de la sociedad; esos sectores a veces se dibujan y se desdibujan, no son tan nítidos.

Todos sabemos que aquí los dueños del campo no han diseñado una estrategia económica, por ejemplo, para integrarse dinámicamente al mercado mundial, sino que más bien trataron de mantener una posición marginal de proveedores de materias primas o de productores de lácteos, de carnes, pero no una gran estrategia a partir de la tierra, entonces el abandono de la tierra es una estrategia política que es evidente en Colombia en las últimas décadas; y la industria tampoco vivió un gran esfuerzo de reconstrucción.

Yo recuerdo que en los años sesenta algunos economistas colombianos del establecimiento sostenían que incluso era muy bueno que tanta gente se estuviera yendo para la ciudad porque esa iba a ser la mano de obra del gran despegue de la industrialización colombiana y en vano Mario Arrubla gritó en sus ensayos, en los años sesenta, que lo que estaba ocurriendo en Colombia era que se estaba preparando una gran catástrofe, porque él no veía ni los capitales para esa gran industrialización que estaban anunciando, ni la voluntad industrial en las élites para ese gran despegue industrial por el cual se estaba justificando el despoblamiento de los campos y la exclusión de los campesinos; y él tuvo razón, porque en realidad no existía ni la élite con voluntad empresarial e industrializadora, ni los capitales empeñados en eso, ni el proceso autoeconómico, patriótico, de construcción de una economía independiente.

Así que ha habido esfuerzos, me parece, en su mayoría indefinidos y fallidos, por formar nuevos procesos políticos y nuevos partidos políticos, pero entonces la gran pregunta es siempre a quiénes representan esos partidos. Poco importa que del seno del conservatismo y del liberalismo salga otro partido, porque representa exactamente los mismos intereses que representan ellos.

Hay una pregunta: ¿por qué no surgen partidos capaces de representar a sectores de las clases medias insatisfechas con el orden político y social que Colombia ofrece, a sectores de las clases medias insatisfechas con el orden internacional? Que estén insatisfechos, por ejemplo, con que la moneda colombiana no se pueda negociar ni siquiera en Caracas o insatisfechos de que Colombia no se gane una medalla en los juegos olímpicos nunca o alguna cosa que signifique una reacción frente a ese manejo tan estrecho de la sociedad colombiana que han tenido las élites a lo largo del tiempo. Todavía son esas mismas élites las que siguen dueñas del proyecto de país y las que siguen dueñas de la representación de Colombia frente el mundo.



Nosotros no sabemos quiénes son los embajadores que representan a Colombia en Roma, en Londres, en París, en Berlín, qué interés representan, de qué manera nos representan ante el mundo; tenemos más bien en la conciencia que no son nuestros representantes, pero quiénes serán nuestros representantes, quiénes somos nosotros, son preguntas fundamentales en esta época y creo que las respuestas nos la tiene que dar, en principio, un partido político, porque un partido político puede hacer la formulación, como organización, de una filosofía, de un proyecto de país, y lo que necesitamos que surja es un proyecto de país. Basta que ese proyecto de país surja y se darán las formas políticas y las formas organizativas adecuadas a este país.

Que surja un sueño de país, que la juventud se identifique con él y será muy fácil que eso se convierta en un proyecto político, pero si se hace al revés, que primero se crea el proyecto político y después si nos sentamos a pensar qué se nos ocurrirá para las próximas elecciones, y es lo que suele pasar, no se dará nunca el gran sueño y la gran renovación de discursos y de proyectos.

En ese orden de ideas creo, una vez más, que lo que más necesita Colombia, más que una mera organización política, es un lenguaje nuevo, un lenguaje, por ejemplo, que permita que Colombia dialogue consigo misma. Colombia no dialoga consigo misma, somos un país demasiado fragmentado y donde están estimulando demasiado esa fragmentación. Creo que la fragmentación de Colombia es una fragmentación dirigida, dirigida por un modelo político que nos ha acostumbrado siempre a mirar a los otros con recelo, con desconfianza, que nos ha enseñado a mirar en los otros no a aliados posibles sino a seres sospechosos, peligrosos en una sociedad infortunadamente ultrafragmentada en segmentos sociales, donde cada cual quiere ser "de mejor familia que la mamá".

Una sociedad así difícilmente puede alcanzar alguna vez la solidaridad necesaria para grandes tareas históricas, así que un lenguaje nuevo y un discurso nuevo son fundamentales para reencontrarnos en unos sueños, en unos propósitos, y yo creo que es allí donde la cultura tiene una gran tarea por jugar; solo la cultura está en condiciones de poder ayudarnos a reencontrarnos con el país, de ayudarnos a recuperar la memoria, de ayudarnos a reconocernos en el territorio, de ayudarnos a reconocernos en los saberes y en los lenguajes originales de este país, y solo a partir de ese lenguaje nuevo que la cultura podría propiciar es posible pensar en la formulación de un proyecto de país distinto, que de verdad construya incluso otra manera de hacer política.

Mi principal crítica a los movimientos políticos renovadores que surgen en Colombia y a los movimientos políticos alternativos que surgen es que casi siempre tienen otros militantes y otras ideas, pero tienen la misma manera de hacer política que tenía la vieja élite colombiana.

Casi nunca se convoca a la gente a soñar, a la gran fiesta de la invención de un país nuevo, sino a votar: ya hicimos un programa, venga y vote por él, venga apóyeme, entonces esa misma manera vieja de hacer política es la que tiene que ser superada por un lenguaje nuevo, por una fiesta nueva de la imaginación y el descubrimiento de que existen muchas cosas que simplemente hacer mítines y hacer asambleas y hacer elecciones. Así como Jean Paúl decía que "El amor hay que inventarlo", en un país como Colombia yo pienso que, evidentemente, la política hay que inventarla.

PREGUNTA: La situación de Colombia no la podemos definir en el momento en que se empieza a formar como patria; desde el momento de la Conquista se nos enseñó a servir, a ser esclavos, se nos dominó, por eso la economía latinoamericana no se centraba en las necesidades del pueblo sino en las necesidades de los otros continentes; se nos enseñó a ser egoístas, por eso no tenemos una alianza económica como la que tienen las naciones europeas o en Oriente. Todo eso ha ido creando un proceso de aprendizaje inconsciente, que cada uno venimos generalizando y transmitiendo, centrado en la envidia, en nosotros mismos, como estudiantes, entre profesiones, entre municipios, entre departamentos. Yo creo que después de entender todas esas cosas simplemente uno debe formarse en un conocimiento nuevo y en un liderazgo más comprometido; ¿cómo podemos lograr que entre todos encontremos un objetivo común, teniendo en cuenta para lo que nos estamos formando, para lo que queremos hacer?

W. O.: Yo pienso que el principal error de nuestra cultura fue ser excluyente. Ser excluyente significa no solamente que se excluyó todo componente indígena americano y todo el componente africano en la formulación oficial de nuestra sociedad, sino que se excluyó también el componente europeo. Yo creo que bajo la pose de ser europeos aquí tampoco se impulsó la cultura europea. Si las élites colombianas hubieran sido sinceras en su vocación europeísta, Colombia estaría llena de orquestas sinfónicas, de grandes museos y de arte occidental, de una arquitectura europea; pero no, era una simulación, era una pose, no era una adhesión profunda a una tradición. Creo que el pueblo colombiano, que es profundamente indígena, profundamente africano y profundamente europeo, es el que va a tener que tomar posesión de todas esas tradiciones distintas.

Aquí no se trata solamente de recuperar el valor de las culturas indígenas, de las lenguas indígenas, de las mitologías, de la sabiduría; hay que recuperar todo el aporte que las culturas africanas le han hecho a nuestra sociedad en la música, en el arte, en la estética, en lenguaje, en la sensibilidad, y hay que recuperar, por supuesto, nuestra profunda tradición a la cultura europea. Es que nosotros somos dignos de Shakespeare, y somos dignos de Dante, y somos dignos de Homero, de Miguel Ángel y de Leonardo, esas no son para nosotros tradiciones ajenas, no se trata ahora de que habíamos pensado que éramos europeos y que vamos a dejar de ser europeos y nos vamos a volver americanos y entonces nos tenemos que encerrar en el orden de los mitos indígenas, no.

Creo que ser mestizo supone precisamente asumir la riqueza de todas nuestras tradiciones y no permitir que unas acallen a las otras, sino que dialoguen en nosotros y hagan germinar en nosotros aventuras creadoras. La gran ventaja de países como Colombia, y la gran ventaja de América Latina, es que tienen derecho a ser americanos, a ser africanos y a ser europeos, y que lo que hacemos aquí es digno de todas esas tradiciones. Si aquí hay gente que se dedica a hacer variaciones de la música de Mozart, maravilloso, y si hay gente especialista en la ópera, maravilloso; ojalá ese especializarse en la ópera no los ciegue a la posibilidad de recibir el influjo de África, de recibir el influjo de los pueblos indígenas y a hacer las nuevas síntesis que son de altura.

García Márquez es un gran artista porque nadie como él, hasta ahora, ha fusionado entre nosotros esa elocuencia latina de la lengua. Es que nadie ha escrito en español con tanta gracia y con tanto ritmo como él; uno lee una novela de cualquier español y no siente tanta vivacidad, tanta gracia, tanto ritmo, tanto colorido, como el que hay en la obra de García Márquez.

De manera que él habla perfectamente la lengua castellana, él es heredero de toda esa tradición europea y de toda esa cultura, pero hay cosas que exceden la tradición europea. Hay un hilo de sangre que se va por su propio impulso desde la cabeza de un hijo buscando a la madre, que es un símbolo indígena para explicar el mundo, y hay una sensualidad en todas partes y una alegría y una capacidad de afrontar inclusive la fatalidad con un estoicismo y con una alegría maravillosa que solo son atribuibles a los pueblos de África, gentes que a pesar del enorme sufrimiento y del enorme tormento a los que los sometieron por siglos nos dan todos los días una lección de alegría y de vitalidad extraordinaria, y todo eso tiene que estar incorporado a esa nueva interpretación que hagamos de nosotros mismos.

Entonces lo que nos ha empobrecido es no ser lo suficientemente audaces para ser dignos herederos de todas esas tradiciones.



Jeimy Mileidy Pinto, estudiante de la Escuela de Electromecánica: De su texto *Mirada de hielo me llama la atención la afirmación de que la salud es lo más importante y que la tecnología y la ciencia médica se valen de esto para desplazar las creencias morales y culturales de las personas. Además, que la ciencia se ha convertido en un dios para la humanidad, que la humanidad está sujeta a los avances tecnológicos y que está pasando de una ciudad pluralista a una ciudad capitalista. Entonces mi pregunta es: ¿qué pasaría con la humanidad si volviese a quedar sin dioses o que se comprobara que la ciencia está errada?*

W. O.: Yo creo que va a ser difícil comprobar que la ciencia está errada, pero lo que creo que sí es posible comprobar es que la ciencia no lo responde todo. Es más, la ciencia, por su propia vocación, por su propia definición, no es hábil para responder lo general, la ciencia solo sabe responder lo particular, las respuestas generales solo las podemos esperar de la filosofía o de la moral o del arte.

Las ciencias no nos pueden decir jamás qué es el universo, la ciencia no nos puede decir jamás qué es la vida, la ciencia no nos puede decir jamás qué es el amor; la ciencia nos puede decir cómo funciona el hígado, la ciencia nos puede decir cómo funciona la visión, nos puede decir cómo es la dinámica, qué muestra la elasticidad de los cuerpos; la ciencia estudia lo particular, no las grandes preguntas del mundo; la ciencia es un instrumento para vivir, pero no puede ser la guía de la vida, porque, como decía Emerson hermosamente, "Para arar bien hay que uncin el arado a una estrella"; nosotros necesitamos el arado, por supuesto, necesitamos instrumentos, pero necesitamos sueños también, porque lo que nos conduce son los sueños, son los grandes ideales, y la ciencia no nos puede dar grandes ideales, nos da respuestas.

Con respecto a la medicina, por ejemplo, que es el tema del ensayo del que usted sacó la selección, no es que la ciencia no nos brinde salud; por supuesto que nos brinda enormes posibilidades y ha mejorado mucho las condiciones de nuestra salubridad; la posibilidad de hacer exámenes, de hacer un TAC del cerebro o del abdomen para comprobar si hay o no un tumor es un avance importante en el proceso de búsqueda de una salud mayor; sin embargo, por muchos aparatos para hacer TAC que se hagan, eso no puede sustituir lo que la cultura podría hacer por la salud, por ejemplo, enseñarnos a comer bien, a tener salud afectiva, para tener menos tumores; el impacto está en tener un tumor o no, pero ¿cómo hacer para que no haya tumor si no es creando una manera más saludable de vivir y una relación más armoniosa con el mundo? De manera que yo creo que la ciencia es fundamental para la humanidad, creo que incluso si nacieran mitos nuevos, divinidades nuevas en el mundo, esas divinidades nuevas no tienen que excluir las conquistas que la razón ha tenido y que la ciencia ha obtenido.

Pero creo que es tanto lo que hay por conocer, es tanto el misterio que nos rodea, que la ciencia solo va a dar pequeños pasos y las grandes respuestas siguen excediendo su capacidad. Las grandes respuestas siguen necesitando de filósofos, siguen necesitando de moralistas y siguen necesitando de religiones, porque no todas las religiones son un conjunto de supersticiones, una religión también puede ser una lectura lúcida, como la de tantos mitos en la historia de la realidad del mundo, que permita que sociedades enteras se organicen alrededor de unos principios y de unos sueños.

Yo creo que a lo que puede aspirar la humanidad del futuro es a una alianza entre unas partes, saber la intuición y la imaginación, y en esa medida la ciencia tendrá que aportar, pero habremos superado esa época en que la ciencia pretende resolverlo todo y muy a menudo deja lo más importante por fuera.

Argemiro Gómez, director del CIFAD: Podríamos pasar horas y horas hablando con el poeta, escritor, humanista..., no sabemos qué título darle a nuestro invitado, pero de todos los que han salido, llamémoslo humanista. Realmente, para estos muchachos que están en este auditorio, estar en contacto con usted, tenerlo de cuerpo presente y no a través de sus libros, en una charla más directa e informal que las que se sostienen a través de leer, es una oportunidad que va a quedar grabada para siempre en sus mentes. Yo sé que hay algunas otras preguntas, pero yo lo voy a invitar a que usted despida el evento y nos deje un mensaje a todos los asistentes a este conversatorio, y quisiera que usted despidiera el evento con algo personal para el auditorio.

W. O.: Bueno, he hablado tanto que creo valdría solamente la pena darles las gracias por su paciencia, por estar aquí todavía, después de tanto rato; agradecer a los organizadores de este acto por su invitación, agradecer también por haber concebido este encuentro como el diálogo que ha sido, que para mí ha sido muy grato y muy enriquecedor.

Me parece maravilloso poder dialogar, mucho mejor que venir a hacer una exposición investida de no sé qué saberes o de no sé qué autoridad. Creo que uno tiene preguntas, inquietudes reflexiones, y es bueno poderlas ventilar de esta manera mucho más cálida y cercana. Es un esfuerzo en el que tenemos que estar todos. Aquí hay muchas más preguntas que respuestas y todo lo que decimos es tentativo, es hipotético, es un esfuerzo para aproximarnos un poco a una realidad muy compleja, muy llena de cosas positivas, muy llena de riesgos y peligros.

La nuestra es una sociedad difícil; creo que en estos tiempos es más difícil ser joven que antes. La juventud supone hoy grandes desafíos, pero supone también grandes desamparos. En otros tiempos había grandes ideas, grandes instituciones en las que los jóvenes se acogían, y la memoria pesaba mucho, ahora pesa menos la memoria, cada cual tiene que depender más de sus propias convicciones, de sus propios descubrimientos, de los valores que van llegando, para sostenerse en un mundo tan difícil, en una época tan convulsiva. De manera que me parece que es también la época de una gran riqueza, porque en la medida que uno está despojado de las certezas y abierto a lo posible debe ser muy difícil, pero también es más meritorio.

Hay quienes dicen que la solución de todos los problemas sociales está en la educación, yo lo creo solo en parte, porque creo que no basta decir solo la educación. La educación puede ser muchas cosas y algunas, incluso, muy malas; creo que depende de qué tipo de educación. Diría, por ejemplo, que el sistema educativo en Colombia es en lo fundamental un enorme sistema perpetuador de desigualdades y de injusticias, diría que el sistema educativo en Colombia, en



el que los padres mismos se ven obligados por las circunstancias a tratar de salvar a sus hijos del contacto con otros sectores de la sociedad y tratar de meterlos en unos guetos de protección, es de todas maneras un modelo diseñado para perpetuar una sociedad que se excluye, que se menosprecia y que se descalifica recíprocamente.

Creo que el principio de las grandes sociedades que han hecho grandes transformaciones históricas está en haber logrado crear una educación universal pública y gratuita, donde todas las personas accedan a un mismo tipo de educación, a unos mismos contenidos, y donde toda la sociedad pueda converger en unos mismos espacios, dialogar en ellos y entenderse en ellos. Mientras nuestra sociedad persista fragmentada en cubículos, unos exquisitos y unos refinados y unos súper lujosos, que no quieren tener contacto con el resto de sociedad, va a ser difícil que nuestra sociedad cambie en el sentido de justicia de humanidad y de grandeza que se requiere.

De manera que la sociedad tendrá que avanzar hacia la búsqueda de una educación universal pública y gratuita, así eso tarde generaciones en lograrse, pero es el único camino y se van a requerir gobiernos audaces, generosos en ese sentido también. Mientras tanto, para mí la educación pública es el mejor escenario posible de formación de esa nueva conciencia, porque es donde converge la sociedad de la manera más amplia posible, donde de verdad se dan los encuentros, donde de verdad se dan las convergencias, donde de verdad se calibran y se ponderan las diferencias de origen y se siente la diversidad del país.

Siento que de todas maneras en las instituciones educativas es donde mejor se puede dar esa reflexión y se puede hacer germinar las ideas nuevas, y pienso que, por supuesto, es falso que la juventud contemporánea sea una juventud egoísta, sea una juventud dedicada solo al placer, indiferente al conocimiento e indiferente a la sensibilidad; creo que vive circunstancias particulares que la obligan a tales o cuales cosas. Tampoco veo por qué tengan que renunciar al placer y al disfrute del presente.

También es falso que su error sea pensar solo en el futuro; creo que la juventud es una época cuyo presente es muy importante y eso no significa que haya que renunciar también a los grandes sueños, a los grandes ideales y a construir un presente en función de un futuro posible.

Una vez más les agradezco inmensamente haber estado aquí, haber asistido a este diálogo y espero nos encontremos otras veces, muchas gracias.

